



Gobierno de Gabriel Boric

Programa, expectativas y equipo económico

Carlos J. García, Ph.D. en Economía, University of California (LA), EE.UU. Académico FEN-UAH.



Si no soy un partidario del nuevo presidente electo Gabriel Boric, me gustaría empezar esta columna desmitificando su programa económico en temas sensibles después de este acalorado balotaje.

En pensiones, se propone un sistema que reemplaza a las AFP en parte, primero un pilar no contributivo que asegura una pensión básica de 250 mil pesos y otro contributivo con los ahorros de los pensionados, que en esencia tiene la misma lógica de las AFP. En

la transición, todos aquellos que quieren seguir en su AFP pueden hacerlo.

En salud, se propone algo similar, un sistema universal que asegure mejores condiciones de salud, y para aquellos que gusten de las clínicas privadas estarán los seguros complementarios voluntarios, que nuevamente siguen en esencia la lógica de las Isapres.

Existen otros aspectos importantes como incentivos al trabajo femenino, impulso a la

educación pública, condonación de la deuda estudiantil, la recuperación de la economía post pandemia centradas en las Mypimes, etc.

Los fondos, estos provendrían de una reforma tributaria para los más ricos, es decir sería afectado el 1,5% de los contribuyentes. Los cambios anteriores solo se materializarían en forma gradual y dependerían si efectivamente se recaudan los recursos necesarios sin comprometer la estabilidad fiscal, aproximadamente 12.500 millones de dólares según los técnicos del equipo económico de Boric. Puesto en perspectiva

los fondos requeridos, estos permitirían alcanzar el gasto para propósitos sociales del promedio de la OCDE, sin duda es una meta muy exigente y difícil de lograr. Pero, si se lograra recaudar la mitad de esos recursos, el salto en gasto social nos permitiría lograr un esfuerzo -en términos del PIB de cerca del 5%- similar a países como Israel, República Checa, Lituania, Islandia, etc.¹, es decir, un esfuerzo aún fuerte, pero viable.

La pregunta es si estos cambios -considerados solo en el papel- generarían impactos negativos y/o dramáticos en la actividad y la inversión. La respuesta es no, el propio pro-

grama es lo suficientemente claro para que cualquier persona medianamente instruida se dé cuenta que los temores de acabo de mundo son infundadas.

Más aún, podemos decir que este programa no es el programa refundacional de Salvador Allende ni de Radomiro Tomic, ni siquiera el de Eduardo Frei Montalva ni tampoco de las reformas de shock de los economistas de Chicago -claro con signo contrario y de un libre mercado extremo. Por el contrario, es un programa moderado, en gran parte gradual y coherente, muy en línea con una socialdemocracia moderna que convive sanamente con los mercados privados.

Incluso, se podría criticar que es muy poco atrevido en dos áreas claves para el crecimiento futuro -y por tanto para la mantención de las reformas en el tiempo- de nuestra economía: impulsar la inversión pública en capital humano, para asegurar que los más jóvenes puedan acceder a educación superior de muy alta calidad, es decir, una revolución educativa orientada hacia las nuevas tecnologías y a buscar soluciones imaginativas para enfrentar el cambio climático y sortear las restricciones que este impondrá. Segundo, inversión en infraestructura para que nuestra economía siga siendo competitiva en los mercados internacionales (puertos, carreteras, embalses, nuevas energías, etc.). Ambos elementos son claves para recuperar el crecimiento de principio de siglo.

Muchas de las iniciativas del próximo gobierno se encuentran en libros y artículos de autores connotados a nivel internacional. Por ejemplo, recomiendo revisar el último escrito de Minouche Shafik, directora del London School of Economics, que por lo demás está lejos de ser considerada una marxista ortodoxa ni mucho menos. Una sociedad más justa, explica Shafick, se construye con cuidado a la infancia, educación, salud, trabajo y pensiones adecuadas.



La pregunta es si estos cambios -considerados solo en el papel- generarían impactos negativos y/o dramáticos en la actividad y la inversión. La respuesta es no, el propio programa (de Boric) es lo suficientemente claro para que cualquier persona medianamente instruida se dé cuenta que los temores de acabo de mundo son infundadas”



(1) <https://www.oecd.org/social/expenditure.htm>



Además, existe un punto crítico respecto del tema anterior, que merece una profunda atención. En el programa del presidente electo se sigue manteniendo la lógica de las AFP e Isapre: habrá ahorro voluntario y seguros privados de salud. Pero, los críticos siguen asegurando que estos cambios provocarán un desastre para el sistema financiero. No obstante, el raciocinio de estos es muy complejo de entender: el sistema financiero dependería, para tener un buen desarrollo y tasas de ganancias atractivas, básicamente de que Chile tenga pensiones malas para un gran porcentaje de la población y un sistema de salud caro y selectivo.

La lógica anterior es impresentable, un sistema financiero no puede establecerse en base a esos principios. Ni siquiera basarse en el argumento de que primero se necesita crecer y luego repartir, es decir,

que la injusticia debe ser tolerada en el corto plazo, si el crecimiento potencial de nuestra economía es cada vez más bajo, es decir, el corto plazo se ha transformado para mucho de nuestros ciudadanos en el largo plazo, manteniendo las desigualdades de los ingresos. Sin duda, que este hecho no ha sido por las pensiones ni la salud prohibitiva, sino por las imperfecciones de varios mercados y su incapacidad para producir las ganancias de productividad requerida, entre ellos el financiero, con una economía cada vez menos dinámica y el costo de vida más caro. El foco de estos críticos debiera ser por el contrario, a empujar reformas que aseguren que estos mercados funcionen mejor.

Sin embargo, hay un peligro: las expectativas. Muchos no leemos estos programas -reconozco mi propia falta al respecto- y sí leemos, miramos y escuchamos las redes

sociales, debates en que se cometen errores, propaganda electoral descalificadora, noticias infundadas, comparaciones odiosas con otros países, etc. Así, muchas buenas intenciones fallan, sobre todo si las expectativas son las incorrectas.

Por eso es clave, que el nuevo gobierno forme un equipo económico de primera línea, fuerte y sobre todo creíble. Es vital que pueda comunicar de manera simple, pero contundente la magnitud de las reformas, su desarrollo en el tiempo, la recaudación efectiva y financiamiento en detalle, la convivencia con los gastos para seguir combatiendo los efectos de la pandemia, y que no se enrede en la política partidista. En ese caso, muchos de los cambios que la sociedad necesita y -también demanda- se lograrán en forma gradual sin pasar por los temores y traumas del pasado. **OE**